

Mi lado más oscuro

Por: Begoña Santos Cortizo

©Begoña Santos Cortizo, 2023

Aviso legal:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tabla De Contenidos

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Conclusión](#)

[Otros títulos de la autora](#)

Introducción

¡Que disfrutes de mi libro!

Con mucho gusto responderé tus comentarios.

Begoña Santos Cortizo.

Capítulo 1

-¡Hijo de puta! ¡Ojalá te mueras! ¡Ya caerás! ¡Mierdento! ¡Cabrón!

Victor se alejó de la pava histérica rumbo a la barra de la disco. Ella le golpeó el hombro con fuerza, pero él no se giró. Los insultos se perdían con la música y pocos podían escucharlos.

Por fin logró meterse en un pequeño hueco de la barra y levantó la mano pidiendo una cerveza con el billete en ella.

Otro empujón en el hombro. La gente de alrededor los miró.

-¡Ahora te vas como si nada, verdad hijo de puta! –Victor la miró. No comprendía cómo se había liado con semejante fiera. De todas, era con más, la que se había puesto como un demonio.

Si tuviera el mismo arranque follando, seguro que no le habría dado puerta.

El camarero le dio la cerveza descorchada y la vuelta y él descartó el vaso.

-¿No dices nada capullo? –Él se limitó a beber. Ella levantó la mano con intención de lanzar la botella por los aires, pero Víctor lo esperaba y se la apartó a un lado. -¿Me abro y ya está? ¿Así lo haces con todas? ¡Me abro!

Víctor salió de la barra y se fue hacia la peña que bailaba. Esa noche con semejante pegote no lograría mojar. A la próxima con la que se enrollara la dejaba en la calle, era más sencillo quitárselas de encima.

-¿Por qué me haces esto? –Ahora la fase de la víctima. Volvió a beber, estaba seco. Había llegado a la disco hacía unos minutos y esa loca se le había echado encima, literalmente. Cuando él la apartó y le dijo que se abría, empezó la guerra.

Sospechaba que era de armas tomar, pero no sabía que iba a ir ese día a la disco que había elegido ir él. Llevaba dos días pasando de sus wasaps, sin respondérselos ni leerse los. Normalmente bastaba para hacerlas desistir. Menos a esta.

-Para ligar no eres tan callado, bien que hablas, ahora, sin embargo, no dices nada. –Dentro de nada pasaría a la fase de la rabia otra vez. Esperaba poder terminar la cerveza antes. –Me habían avisado de cómo eras, pero no les hice caso, fui una idiota pensando que eres un hombre, ¡cuando lo que eres es un desgraciado que se aprovecha de las mujeres! –Y ahí empezaba de nuevo. –¡Ojalá nunca te hubiera hecho caso cabrón de mierda! ¡Capullo! –Otro empujón en el pecho. Víctor había apartado la botella a la izquierda. –¡Sigue callado cobarde! –Se dio la vuelta y por fin se fue.

Víctor tomó aire y el último trago a su cerveza.

Delante de él había cinco pibas meneándose y mirando a los tíos de alrededor con sonrisitas, dispuestas a camelarlos.

Y él pensaba dejarse camelar, necesitaba follar urgentemente, llevaba tres días sin mojar.

Observó el panorama. Una bajita que se meneaba muy bien, una alta teñida de rubio que parecía un palo, otra castaña ni alta ni delgada que se movía normal. Y otra, la payasa del grupo que no dejaba títere con cabeza. Pasó de la última porque parecía una rata de biblioteca, esas creían en el amor eterno.

Como no quería liarse mucho se fue a por la alta rubia, ya la calentaría él, sobre todo la había elegido porque no quería andar inclinándose para morrear a la bajita que sería su primera opción.

Se colocó detrás justo de la chica y comenzó a bailar siguiendo sus movimientos, que como eran muy ñoños no le costó demasiado esfuerzo.

La chica se sintió adulada por su atención, normalmente era a él al que le entraban con todo el descaro, algo que a Víctor le molestaba profundamente. Porque el cazador era, y siempre sería, él.

El baile se volvió un poco más intenso, las manos de Víctor acariciaron la cintura de la pava sin llegar a posarlas en ella. Los labios de Víctor se acercaron a su oreja y le acarició el lóbulo mientras le hablaba.

-¿Te apetece un paseo? –Ella se giró un poco y su boca sonriente se quedó a unos milímetros de la suya. El sí le salió silencioso.

La mano de Víctor se ciñó entonces a su cintura y la apartó de la zona de baile sosteniéndola para que no se le escapara.

Siempre era sencillo, todos querían lo mismo, todos buscaban. Y allí era el mercado de la carne. Ni más ni menos.

La metió en su coche y la llevó a un monte, allí lo hicieron, Víctor estaba muy empalmado, el cuerpo de la chica era frío, distante. Temeroso por sus inseguridades.

Víctor las aplacó a duras penas, tenía ansia por embestirla fuerte, pero sabía que no estaba preparada. Por eso se controló y la estimuló hasta conseguir la respuesta que quería.

Entonces se lanzó y no se detuvo hasta que la hizo gritar y gritó él también.

La dejó en la puerta de la disco, sin promesas, sin compromisos. Ella se despidió cohibida. Era una pena lo que hacían las inseguridades en las personas. Menos mal que de eso él no tenía.

Tumbado en la cama de su piso pensó en su familia allá en Ourense. Sus padres, sus abuelos, sus hermanos. Una buena panda de peña cuando hacían fiestas, que las hacían a menudo y a menudo lo llamaban para que fuera con ellos.

Víctor se había alejado de todos porque lo consumían. Sus padres querían que chollara en algo menos peligroso que en lo de trabajos verticales, también querían que se casara o que tuviera pareja. En definitiva, querían que viviese sus vidas.

Pareja.

Con diecinueve años había tenido muchas pavas, pero no le duraban nada. No le llenaban, no le decían nada.

Salvo para follar.

Y él era muy bueno follando

Lo había iniciado una con largo recorrido, una prima cinco años mayor que él. Un día lo había pillado en un prado cuando había ido a llevar las vacas de su abuelo a pastar. Con sus trece años ya sabía bastante del proceso, aunque experimentarlo fue alucinante.

Todavía recordaba sus tetazas, todo lo que le decía que le hiciese, y él, obediente, lo hacía. La seguía con la vista en la casa, en todos los lugares, ella solo tenía que levantar una ceja y allí estaba él.

Un esclavo de sus deseos, de cada uno de ellos. Aprendió a conocer el placer de las mujeres muy rápido, porque cuando no la complacía, él se quedaba con la polla dura como una piedra, frustrado y agresivo.

Nadie se dio cuenta. Nadie supo que, durante tres años, era mirarla y ponérsela tiesa como una barra de acero.

Y ni siquiera era guapa, estaba algo entrada en carnes y se escondía con chándales. Pero era una guarra de cuidado.

Solo de pensar en ella volvía a empalmarse.

Y su prima estaba allí. En Ourense a unos pasos de la casa de sus padres.

Y la tendría cuando la quisiera. Porque ahora el que mandaba era él.

Pero ya no la deseaba. No como antes porque ahora era él quién enseñaba a las mujeres a que le dieran placer. Salvo cuando andaba apurado como aquel día.

Un polvo por necesidad no satisfacía tanto como un polvo con tiempo.

Los que le había dado a la histérica de Silvia. Durante dos semanas.

Hasta que se hartó de hacérselo bien a una tipa que no aprendía a dar, solo tomaba.

Tal vez nunca tendría pareja en serio. Tal vez no la estaba buscando.

Cerró los ojos.

Soñó con Gema, su prima, y se corrió en la cama.

Estefan señaló con la vista una ventana. Víctor ojeó el interior de la vivienda y descubrió lo que le había llamado la atención al cotilla de su compañero, estaban en Coia en un piso trece colgados de unas cuerdas a los arneses.

Era una chavala de unos diecisiete años, se estaba vistiendo con la luz encendida y las cortinas echadas que dejaban ver perfectamente el interior del cuarto.

Tenía puestos unos pinganillos y se meneaba colocando el tanga. Las tetas le botaban con el ritmo.

Suspiró y volvió al chollo. La novia de Estefan debería darle más caña para que no estuviera siempre metiendo las narices en las ventanas ajenas.

Y por eso él no encontraba a la adecuada. Ni mucho sexo, ni poco sexo, él necesitaba el sexo exacto. Y no entendía eso de juntarse con una tipa toda la vida. Mucho tendría que valer para perder la paciencia con broncas y demás.

Porque de una cosa estaba seguro y era de que lo único que valía la pena de tener una pareja era follar cuando se quisiera, sin restricciones ni currárselo con labia en una disco.

Del resto no tenía ni puta idea.

Él observaba a sus amigos y los que estaban con parejas se les veía normal, ni felices, ni infelices, como él. No comprendía el chiste de endilgarse una pava para siempre.

¿Y si luego te gusta otra? ¿Y si la tipa se negaba a follar? ¿Había algo más en eso de ser pareja? ¿Lo qué?

En Ourense ni siquiera se le había ocurrido pasar dos días con la misma tía, porque ya lo estaban casando con ella, por eso dejó de ir con su pandilla, eso de conocer a todos desde pequeños no daba margen para ir picando de una a otra antes de que los padres comenzaran a buscar la iglesia adecuada para unirlos en santo matrimonio. Y él pasaba de unirse de ninguna manera, por lo que había visto los cuernos afloraban a los cuatro meses de casados y entonces qué, a aguantarse con una persona que aborrecías, con hijos que no habías deseado y atado a un trabajo que te buscaron las familias. Y a poner buena cara never for ever.

Víctor desistió de continuar con esos derroteros y se centró en su trabajo.

-¿Te vienes a tomar una cerveza? –Estefan siempre tomaba una última cerveza antes de volver a su casa con su novia, con la que vivía desde hacía unos meses.

-Esta vez no. Me voy de finde a hacer parapente.

-¡Qué bien vives!

-Bueno yo me gasto lo que gano en mí y tú lo haces en tu chica.

-Eso es verdad.

-Supongo que te lo devolverá de alguna manera.

-Ella también trabaja y claro que me compensa todo lo que le doy. Magda es muy generosa. Siempre hablas como un puto cínico.

-Más bien como un puto ignorante.

-Ya te cazarán.

-De momento cazo yo, y después de zampármelas no encuentro nada más.

-Un cínico.

-Me gustaría que algún día me contases el secreto de tu felicidad, si es que eres feliz.

-Por las noches sé que no estoy solo, por el día sé que puedo contar con alguien a muerte. Tengo alguien con quien compartir.

-¿Y eso te llega?

-Con Magda puedo hablar en confianza, no me censura y si lo hace pues a lo mejor tiene razón y me hace ver las cosas de distinta manera, ella es muy calmada, detallista, yo voy a saco, me gusta cuando me frena.

-Parece que os lleváis bien.

-Aunque solo compartimos casa desde hace seis meses, la conozco desde hace cuatro años.

-¡Madre mía!

-Son suficientes para saber de qué pie cojeamos cada uno.

-No me lo digas, sabe que eres un mirón empedernido. –Estefan se monda de risa.

-Me conozco a todos los vecinos, y como no sé sus nombres, les pongo motes. Ella también lo hace.

-Os lo pasáis bomba cuchicheando.

-Algo así. Nos compenetramos bien. Pero al principio no fue así. Era bronca sobre bronca. Y si me metía en casa de sus padres, no veas la que se montaba, nunca le caí bien a su padre.

-Y aun así te mereció la pena.

-Tener a alguien que te comprenda tan bien no es fácil. Hasta ella creí que era un bicho raro.

-Ahora sabes que por lo menos sois dos bichos raros. –Estefan se rio y le palmeó la espalda.

-Vente a tomar una birra y hablamos.

-No. No tengo tiempo. Bye. –Víctor dejó los bártulos en el almacén y marchó a coger el coche que ya tenía preparado para salir. Solía alquilar una casa rural en Bueu y tirarse en el Miradoiro de Chans.

Era viernes y había mucho tráfico por el puente de Rande por lo que llegó a eso de las diez de la noche a la casa. Ya había recogido las llaves en un bar cercano y entró derrengado.

Le gustaba mucho su trabajo, pero no quitaba de que lo dejara frito. Dejó los bocatas que había cogido también en el bar y las cervezas encima de la mesa del salón y se tiró sobre el sofá mirando el móvil.

Ojeó los insta de sus colegas, él no subía nada, solo se hizo el insta para stalkarlos a ellos.

Mayormente gente del pueblo, la mayoría tenía rollos, rollitos y rollazos. Y las correspondientes fotos y stories sacando pecho para aparentar una vida idílica.

Sonrió, si él pusiera todas con las que se había enrollado seguro que lo echaban del insta por la retahíla de insultos que seguramente cosecharía con ellas.

Le habían llamado de todo.

Y no tenían ninguna razón de hacerlo. Siempre las había follado bien, nunca se quedaron sin correrse, a él no se le escapaba eso en una tía. Estaba bien entrenado.

Nunca había hecho promesas, ni se había comprometido y él no tenía la culpa de que se hicieran ilusiones. ¿Cómo iba a decidirse antes de saber si le gustaba o no la mujer? Y para eso no servían unos cuantos polvos, para conocerse hacía falta tiempo, y cuando se lo dedicaba a cualquiera de ellas, ¡zas! Ya querían agarrarlo por los huevos.

No entendía esa forma de ser.

Si sales por ahí a buscar, puedes encontrar o no. Y lo que en un principio podía parecer bueno al momento siguiente podía defraudar.

¿Cómo podía saberlo él? ¿Cómo lo hacían el resto?

Él probaba a la chica, si iba bien, genial, sino...puerta.

Y él no tenía culpa de no encontrar lo que buscaba.

Se levantó y se sentó a la mesa, con el móvil en la mano siguió curioseando mientras comía.

Todo el mismo rollo, que aburridos eran. Se decidió por los que estaban sin pareja. Esos andaban de picos pardos todos los días, subían fotos de unas, de otras, de fiesta, sin más. La mayoría no mojaba ni lloviendo, pero presumir presumían la hostia.

Los wasaps le sonaban a todas horas, no los tenía con sonido porque si no lo volverían loco. Y no pensaba mirar ninguno. Ese finde era para él, para descansar, dejó las sobras en la mesa y se fue al dormitorio dejando el móvil también con las sobras.

Se desnudó y se metió así entre las sábanas, nunca se ponía nada para dormir.

Como siempre divagó en cómo sería tener a alguien al lado, rodearle la cintura y apretarse contra un cuerpo cálido.

Durante toda la noche.

Tal vez no estuviera mal del todo.

Empezó a diluviar a la una de la madrugada. Víctor escuchó la riada de agua golpeando el tejado, los cristales de las ventanas y los árboles del bosque cercano.

Le gustaba escucharlos, le gustaban los temporales de esa época del año, y lo bien que dejaban el aire para volar después de un buen chaparrón. Cruzar las nubes es lo más.

El ruido de unos cristales lo levantó de la cama de un brinco.

Algún árbol había roto una ventana.

Se fue al salón y de allí a la puerta de la cocina cuando una sombra se abalanzó sobre su pecho, Víctor solo pudo ladearse contra la pared mientras la sombra salía por la puerta con el impulso.

Le dio una patada en la espalda y cuando el cuerpo cayó, se le tiró encima y le aprisionó la mano en la que tenía una navaja.

¡Joder sino llega a apartarse se la hubiera clavado sin que se enterada siquiera!

Boca abajo el cabrón gruñía por el esfuerzo de voltearse para atacarlo. Le arrebató la navaja abriéndole los dedos de la mano.

Víctor agarró su cuello y apretó con firmeza sentado a horcajadas encima de su atacante. Le rozó la mejilla con la navaja.

-¡No te muevas! –Le advirtió. La figura se detuvo como si hubiera muerto.

Víctor se levantó de un salto y se alejó encendiendo la luz, la figura se reincorporó lentamente a cuatro patas y se alejó de él.

-¡Párate ahí! –Le ordenó Víctor moviendo la mano armada hacia arriba. El tipo se detuvo y se volteó. Encogido, agarrando sus piernas parecía muy menudo. Como si fuera un chaval. Tenía una gorra puesta y una sudadera negra, su pantalón de chándal también era negro. Una rata mojada. -¿Has venido a robar?

-No. –Su voz fue muy débil. Y como asustada. ¡Casi lo mata y se asusta él!

-¿Entonces venías a matarme?

-¡No! –Esta vez fue más alta y aun así no levantó la cabeza para enfrentarlo.

-¿De verdad?

-Pensé que no había nadie.

-Porque como mi todoterreno es pequeño no se veía por la lluvia ¿no? –El cinismo carcomió sus palabras.

-No lo vi.

-¿A qué has venido?

-A refugiarme.

-¿Entrando como un criminal y con una navaja en la mano?

-Estoy escapando de...

-Mira chico ya me has cansado, voy a llamar a la poli. –Víctor se fue hacia la mesa del salón, el chico saltó del suelo y trató de escapar por la puerta de la cocina. Víctor le hizo la zancadilla y lo tiró al suelo de nuevo. Le colocó el pie en los omoplatos y lo dejó con la cara pegada al suelo. -¿Me vas a obligar a atarte?

Como no podía ni contestar, el muchacho permaneció quieto.

-¡No me lo puedo creer! –Víctor tiró la navaja encima de la mesa y agarró al chico por el cuello de la sudadera para ponerlo de pie y lo empujó sobre el sofá. Entonces se le cayó la gorra y entonces se dio cuenta de que no era un chico. -¡Qué mierda...!

Lo miraba como si la fuera a atacar, dispuesta a saltar del sofá en cualquier momento para escapar.

-No te voy a hacer daño, siempre que tú no me lo hagas a mí. –Alzó las manos. -¿Ves? No llevo nada encima. –Desnudo como Dios lo trajo al mundo se mostró. Ella se echó más hacia atrás del sofá con las manos apoyadas en el asiento rígidas, igual que todo su cuerpo. -¿Qué te ha pasado? –La voz fue muy suave, intentando tranquilizarla para poder llegar a algo porque sabía que si volvía a intentar coger el móvil esa tía se iba a tirar de cabeza por la primera ventana que encontrara.

-Me atacó y lo...-Se detuvo. –Me atacó.

-¿Quién?

-Un tío, me cogió por detrás cuando andaba por el monte.

-¿Te está siguiendo?

-No creo. Pero...-Su pánico lo desconcertó.

-¿No tienes a nadie a quien llamar?

-No tengo mi móvil, no tengo nada, solo un poco de dinero para volver a casa en el bus.

-Bien, ¿dónde vives?

-En Vigo. Pero ahora ya no habrá buses. Me perdí en el monte escapando y encontré esta casa y como llovía me decidí a entrar, te puedo pagar la ventana mañana.

-Pero ¿por qué me atacaste?

-Estaba muy asustada.

-Aun lo estás.

-¿Puedo irme?

-Todo esto me parece muy raro. Tal vez debería llamar a la poli...

-¡Por favor no lo hagas! Mis padres se pondrán furiosos...

-A tus padres les gustará saber que estás bien y querrán pillar al que te atacó.

-¡No lo entiendes! –Salió rápidamente del sofá y se colocó detrás del mueble.

-Explícamelo. –La vio dudar y tener un escalofrío. Estaba congelada y en shock, eso lo decidió. No podía bregar con su miedo. Y no deseaba pasarse la noche placándola como si estuviera jugando al ruby. Se acercó decidido. Ella se giró para escapar por la puerta corredera del salón. Cuando agarró la manilla, Víctor la cogió, se la echó al hombro y se la llevó sujetando las piernas para que no lo golpearan en sus partes.

La metió en la ducha con él y abrió el agua caliente.

La chica se removió todo lo que pudo, pero no le sirvió de nada porque el cuerpo de Víctor la tenía aplastada con la cara contra los azulejos y sus brazos la sujetaban muy bien de modo que no podía ni levantar una mano para agredirlo.

-¡Suéltame!

-Solo quiero que entres en calor y que te tranquilices y que luego me cuentes de que va todo este rollo.

Eso la detuvo de repente y dejó de resistirse. Se apoyó en la pared y permitió que el agua empapara sus empapadas ropas.

-¿Estás mejor? –La boca de Víctor estaba en su oreja. Ella asintió. -¿Te puedo soltar y te quitarás esto y te secarás solita sin intentar escaparte por la ventana? –Volvió a asentir. –Voy a salir del baño, pero voy a dejar la puerta abierta, al mínimo intento de huir te cogeré, ¿lo comprendes? –De nuevo asintió con la cabeza. –Okey.

Víctor la soltó y salió de la ducha sin perderla de vista. Ella no se movió.

-Usa las toallas grandes y ponte el albornoz después. Te espero fuera.

Salió y se vistió rápidamente mientras observaba como ella salía desconfiada y trataba de quitarse la ropa sin dejar mucho que ver.

Le fue muy difícil, pero logró esconderse tras la toalla grande. Se colocó el albornoz y lo anudó. Le quedaba enorme.

Lo miró desde el baño. El pelo le caía sobre la cara, lo tenía largo y parecía un poco ondulado. Los pies eran pequeños. Debía de tener unos dieciséis años. Era bastante canija.

¿Qué iba a hacer con ella?

-Ven. –Le señaló la cama desecha. Ella salió del baño muy despacio. Víctor se alejó de la cama hacia la puerta de la habitación. –Métete en la cama y cúbrete para no perder el calor. ¡Vamos no te voy a hacer daño, ya te lo dije!

Ella se metió mirando la ventana con ansiedad.

-No te servirá de nada salir a la noche con un albornoz, piensa antes de hacer una burrada. Yo no te he hecho nada. Tú en cambio intentaste matarme.

-Lo siento.

-Eso está mejor. Te daría algo caliente pero no tengo nada, solo medio bocadillo de jamón, ¿quieres comer?

-No.

-Vale. Ahora me vas a contar qué te ha pasado. Desde el principio y sin dejarte nada, ¿okey?

-¿Me prometes que no llamarás a nadie?

-De momento no llamaré a nadie. Depende de lo que me digas. Y no me mientas.

-¿Llamarás a la poli si no te lo cuento?

-¿Qué coño harías tú en mi lugar?

-¿Dejarme ir?

-¿Para que luego te encuentren tirada por un barranco y me echen la culpa a mí? No. Ya no puedo dejarte ir.

Los ojos de la chica se llenaron de lágrimas. Víctor suspiró ¡a tomar por culo su finde!

-Si me dejas dormir aquí, mañana me iré y cogeré el bus y ya nadie podrá acusarte de nada, ¿vale?

-No me fío de ti. No quiero que me claves un cuchillo mientras duermo.

-¡Ya te dije que solo lo hice porque me asusté!

-Un hombre te atacó y tú te escapaste de él. ¿Cómo lo hiciste, usaste esa navaja automática? – Víctor estaba cansado de tanta majadería.

-La navaja era suya. Yo le di con una piedra cuando le mordí la mano que me sujetaba por detrás y me tiró al suelo. Sacó la navaja y yo le di con la piedra. Cuando le cayó al suelo la recogí, pero entonces él se lanzó encima mía y yo se la clavé. Se la metí en el estómago hasta el fondo y luego se la saqué y me deslicé a un lado saliendo de debajo de él. Y luego corrí, corrí y me perdí y no quise meterme por las carreteras por si acaso él me buscaba y luego encontré esta casa y creí que estaba abandonada y ya está. Ya está. No puedes llamar a la poli porque me acusarán de haberlo herido. Y si mi padre se entera de todo esto...-Le clavó una mirada tan desesperada que Víctor sintió un nudo en el estómago. –No se puede enterar. Es un abogado. No puede enterarse. No puede. ¡Por favor!

-Menudo puto lío.

-Solo esta noche y luego salgo de tu vida y no volveré a molestarte. No diré nada de ti. No diré nada de nadie.

-¡Esto es una locura!

-Lo siento.

-Ya está hecho.

-¿Me ayudarás?

-No debería.

-Si me llevas a Bueu, puedo coger allí un taxi, si me dejas algún dinero, no he traído mucho. Así nadie te acusará de nada. Solo a Bueu.

-Son casi las dos de la madrugada, sería muy raro, eres demasiado joven.

-Tengo dieciocho años.

-Pero aparentas dieciséis. Aunque tuvieras identificación, nadie te echaría dieciocho. Y me verían contigo y luego pensarían que fui yo quien te atacó en caso de que finalmente soltaras la lengua. No me fío ni un pelo de ti. Y tus padres, ¿saben que no vas a regresar hoy a su casa? ¿Vives con ellos verdad?

-Creen que estoy con unas amigas de fiesta.

-¿Les mentiste para irte sola por el monte?

-Necesitaba pensar, me peleé con mi padre.

-Genial. Eres todo un embrollo con patas.

-Él no se preocupará por mí hasta mañana por la tarde.

-¿Y tus amigas, no te delatarán?

-Ni de coña, ellas también hacen lo mismo de vez en cuando.

-Me has metido en un buen lío.

-Lo siento mucho, si hubiera visto tu coche no me hubiera colado aquí, pero las plantas lo taparon, entré por la parte de arriba y...

-Que lo sientas no evita los problemas que me darás, vengo a menudo a esta casa, la alquilo para hacer parapente y como te vean saliendo de aquí se sorprenderán porque nunca traigo a chicas y la curiosidad les hará preguntarme y todo será un verdadero lío. Y si el que te atacó aparece muerto por la zona...

-Él no me reconocería si estuviera vivo, llevaba el pelo dentro de la gorra y la capucha de la sudadera puesta, y si está muerto, nadie lo relacionará conmigo, nadie sabía que iba a venir aquí, no me crucé con nadie.

-En Galicia hay ojos por todas partes.

-Lo lamento de veras. Lamento mucho lo que te he hecho.

-Y tu ropa tendría que desaparecer. Esa sudadera..., la gorra. Esas dos cosas habría que eliminarlas. ¡Joder estoy siendo cómplice de un asesinato! Deberíamos llamar a la poli y que busquen a ese tipo, le has denegado auxilio.

-¡No por favor!

-Es que no puedo con esto.

-Déjame ir, llama a la poli, pero déjame ir antes. No les cuentes nada, solo di que rompí la ventana y que me escapé después de atacarte. Ya está. Di eso. Por favor.

-No tengo testigos que avalen esa afirmación, si te pasa algo, me perjudicarás. Tengo que llamar a la poli. Lo siento. No quiero líos. No tengo la culpa de tus problemas. Lo siento.

-Está bien. Tienes razón. Tienes razón. -La derrota se plasmó en su rostro angustiado. -Llámalos. Y si puedes dejarme el móvil llamaré a mis padres para que sepan dónde estoy.

-No te muevas de ahí.

-Tienes mi palabra. Y perdóname.

-No te muevas. -Víctor se lanzó a la mesa del salón y llamó a la policía regresando al cuarto mientras daba sus datos.

Ella no lo miraba, se había tumbado y temblaba sollozando. El edredón le tapaba la cara y antes de que llegara la policía ya estaba dormida.

No había llamado a sus padres.

La policía entró en la casa y ella se despertó asustada. La sacaron de la cama y la sentaron en una silla preguntándole lo que había sucedido. Ella pidió llamar a su padre y se lo permitieron.

La conversación fue muy dura, ella lloró mientras le explicaba a su padre que había sido atacada y que ella se había defendido.

Víctor no entendía como había podido liarse de aquella manera su vida sin comerlo ni beberlo.

Por fin todos se fueron. Los policías habían recogido y metido en una bolsa las pertenencias de la chica y se la habían llevado a eso de las cuatro de la madrugada.

Víctor se desnudó y se metió dentro de la cama. Un olor a flores había quedado en la almohada. El olor de ella.

Las imágenes de la pelea se sucedían en su mente, el miedo que sintió cuando se le abalanzó con el filo de la navaja volvió a su cuerpo, si no se hubiera apartado a tiempo a esas horas tendría un agujero en el pecho. Y quizá estuviera muerto.

Tomó aire inquieto. Todavía la rabia y la adrenalina de la lucha recorrían sus venas, podría haberla matado, le había apretado bastante el cuello para mantenerla presa en el suelo.

¡Todo había sido una puta locura!

No sabía ni cómo se sentía.

Si tuviera algo de alcohol lo tomaría para tranquilizarse. A falta de eso tomaría aire despacio, como cuando se metía en algún remolino de viento cruzado con el parapente.

Respirar despacito. Despacio.

Esa noche tuvo pesadillas.

Llamaron a su puerta a las nueve de la mañana. Se vistió con el chándal y abrió al dueño de la casa. Había llegado a sus oídos lo sucedido en la madrugada y quiso saber si todo estaba bien. Salvo la ventana, todo estaba en orden y Víctor le dijo que prefería marcharse ese mismo día.

Quedaron en que le devolvería las llaves tan pronto recogiera.

Jamás volvería a esa casa.

Metió su bolso en el coche y se fue sin mirar atrás.

El trayecto se le hizo un mundo, apenas había logrado dormir y se había despertado cada poco por las pesadillas, la había matado, lo había matado, se habían peleado. ¡Dios! Necesitaba olvidarlo.

Ya en su piso se tumbó en el sofá y cerró los ojos.

No podía dejar de pensar en la rata mojada, asustada, que casi lo había matado. Una y otra y otra vez recordaba todo. Cada palabra, cada respuesta, toda la conversación, la de los policías, y el sentimiento de compasión hacia ella a pesar de todo lo que le había hecho pasar. Su rostro derrotado, aterido, asustado. Esos ojos castaños hundidos al explicar lo sucedido a los policías.

¿Qué le habrían hecho? ¿Estaría presa?

Le habían dejado un número de teléfono por si recordaba alguna cosa más, y también le habían dicho que tendría que ir a declarar en caso de juicio.

Murmuró una maldición a su curiosidad y marcó el teléfono.

Preguntó por la muchacha, pero no le quisieron decir nada por lo de la protección de datos. Se contentó con saber que no estaba detenida.

Por lo menos estaría con su familia. Algo era algo.

Necesitaba olvidarla de una vez.

Violeta Abalde Abuin.

¿Pero qué le pasaba con ella? No debería indagar más en su vida. Debería olvidar esas tres palabras, Violeta Abalde Abuin.

Se metió en su Instagram sin hacerse ni puto caso.

Las fotos de una chica de pelo castaño claro rizado lo sorprendieron, ¿aquella era la rata mojada de ayer?

Sus ojos eran los mismos, castaño oscuro, alargados, profundos. En las fotos sonrientes. Con su perro husky siberiano de ojos azules. En la piscina de su casa en bikini. Un cuerpo bonito, con buenas curvas, muy menuda.

¿Por qué la stalkeaba?

Pero no podía dejar de hacerlo. La curiosidad...

Se pasó un buen rato observando su insta hasta que lo llamaron.

-Sí.

-Soy el padre de Violeta. ¿Podríamos hablar?

-Claro.

-¿Podría venir hasta mi casa? Sería más privado.

-Sin problema.

-Gracias. Le mando la ubicación.

¿Para qué querría hablarle?

Se negó a considerar la inquietante emoción que sentía por la esperanza de volver a verla. Esta vez en su terreno, en su vida normal.

Se vistió y se marchó a la dirección indicada, una casa de piedra enorme protegida por un muro alrededor.

Un verdadero palacete en la ladera del Castro de Vigo.

Le abrieron la verja y metió el coche. Al salir lo recibió un hombre de unos cuarenta y tantos que le ofreció la mano y se presentó como Gerardo, el padre de Violeta.

Lo acompañó al salón y lo acomodó en uno de los sofás.

-Quería darle las gracias por la ayuda que le prestó a mi hija y sobre todo por negarse a callar lo ocurrido. A la larga le hizo un favor a mi hija, ella no podría con ese peso. El hombre que apuñaló en defensa propia no murió y ha sido localizado en un pueblo cercano al lugar de los hechos.

No va a haber juicio porque Violeta no quiere denunciar la agresión y él tampoco. Me veo incapaz de convencerla. Está muy triste por lo sucedido, pero creo que le hará bien disculparse con usted por eso le he pedido que viniera. Ella está allí. -Señaló una puerta. -Si no le importa puede ir a verla. Se lo agradecería mucho.

-No es problema. -Víctor se levantó y marchó a la puerta indicada, tuvo que reconocer esa extraña inquietud que sentía por volver a estar frente a ella.

Abrió la puerta y entró en otra sala más pequeña iluminada por grandes ventanales. En un butacón blanco estaba encogida Violeta que se levantó al escuchar sus pasos. Apretó una mano contra la otra mirándolas cohibida.

Llevaba un chándal gris claro con el pelo suelto cayéndole en ondas suaves por el cuerpo. Contemplar su vulnerabilidad lo confundió, había sentido por ella muchas cosas, pero no el deseo de protegerla. Y lo descartó al momento, ella se valía muy bien solita.

-Hola. -Pronunció en voz baja. Se miraron un instante. Pero su mirada huidiza se fue hacia la ventana. Tomó aire y se giró hacia él otra vez. -Gracias por todo.

Víctor se había acercado un poco, asintió con la cabeza incapaz de decirle nada, parecía tan reticente a hablar que no deseaba obligarla a hacerlo. A mantener una conversación. Si él estaba mal por todo lo sucedido no podía ni imaginar cómo estaría ella.

-Menos mal que no me hiciste caso. Te lo agradezco mucho. Y siento haberte fastidiado la vida. ¿Me perdonas?

-No hay nada que perdonar. Estabas asustada y confundida, si lo hubieras pensado, probablemente hubieras hecho lo correcto.

-Sí. Es importante hacer lo correcto. -Y ella hacía tiempo que había eludido hacerlo, pero ya no más. Se acabó. Y pedirle perdón a él era el primer paso, porque por mucho que le doliera, él había tenido razón. Aunque podría haber actuado de distinta manera, ser...diferente, pero bueno, pudo haber sido mucho peor. Podría haberla estrangulado, o matado. Sí. Podría haber sido mucho peor.

-Tu padre te ayudará. -La sonrisa desganada de sus labios no le gustó nada Víctor. Recordó entonces que su paseo por el monte era porque se había peleado con su padre. Pero todo eso no debería importarle a él ¿no?

-¿Tienes familia? -El cambio de tema lo sorprendió.

-Claro.

-¿Vives con ellos? -Violeta pensó que seguramente no vivía con ellos y por eso él, más que nadie, debería de entender porque la ayuda de su padre no era no lo mejor para ella. No. Definitivamente no lo era.

-No. Soy de Ourense, pero hace tiempo que vivo aquí.

-Entonces...-Iba a decir algo, pero se calló. Sus manos seguían apretándose una a la otra. Víctor sentía su nerviosismo. -Solo quería agradecerte lo que hiciste y pedirte perdón. No quiero dejar cosas sueltas en mi vida nunca más. -Y él era un cabo suelto que quería solucionar cuanto antes.

Y olvidar su encontronazo, sus golpes, su fuerza y su horrible frialdad.

-Por suerte no me hiciste nada que puedas lamentar en serio.

-Sí. Por suerte no maté a nadie ayer. -Su voz sonó estrangulada. Por eso necesitaba su perdón porque casi lo había matado, si no hubiera reaccionado tan rápido...Miraba sus manos, las apretaba más. Levantó la vista y sonrió con tristeza. Sobre todas las cosas había sido ella la que lo había atacado, ella. No debería olvidarlo, a pesar de todo, no debería olvidarlo.

-Bueno, cálmate y recupérate. La vida sigue, no ha pasado nada.

-Claro. Gracias de nuevo.

-De nada. -Víctor asintió con la cabeza, no quedaba más que decir entre ellos, con suerte se la quitaba de la cabeza, y el miedo, el susto, el disgusto, la rabia, todo.

Se dio la vuelta para salir. Giró el pomo y miró hacia atrás, ella ya se había vuelto a sentar en la butaca mirando por la ventana con las piernas recogidas.

Fuera estaba el padre que lo acompañó hasta el coche.

-Supongo que no querrás aceptar una indemnización por las molestias.

-Por supuesto que no. Su hija ha pasado por mucho, no tuvo culpa de nada. -Y el dinero no le quitaría el mal sabor de boca, eso solo lo desharía el paso del tiempo.

-Espero que haya aprendido la lección.

-Sí. Todos vamos aprendiendo según nos va la vida.

-En efecto.

-Adiós.

Víctor se despidió y salió de esa casa con la impresión de que algo se estaba cocinando en ella. Algo doloroso.

Esperaba que todo le fuera bien a Violeta. Lo mismo que él esperaba que jamás se volviera a topar con una persona como ella, en una situación como la que habían vivido los dos.

Capítulo 2

Violeta no escuchó a su padre entrar, y no alzó la mirada cuando se sentó a su lado en la butaca de enfrente.

-¿Y bien?

-Tenemos que hablar. –Advirtió a su padre.

-Por fin te decides a hablar. –Murmuró él con sarcasmo.

-No os voy a pedir ayuda, no quiero dinero. A lo mejor algún consejo, pero no quiero daros poder sobre mí por lo que no quiero depender de vosotros. ¿Podrías ayudarme?

-No te entiendo. Nunca te hemos echado nada en cara.

-Por favor, no entremos en dimes y diretes, solo necesito saber si me ayudarás.

-¿En qué?

-No quiero ir a la universidad.

-Pero...

-No sé qué voy a hacer y hasta que no lo averigüe me dedicaré a trabajar en cualquier cosa para mantenerme porque quiero dejar de vivir con vosotros.

-Esto es una locura Violeta. ¿Por qué?

-Porque no me gusta mi vida, no sé qué hacer con ella. No sé lo que me gusta, solo sé lo que me disgusta. Tenéis muchas expectativas conmigo, lo mismo que las tuvisteis con mis hermanos, pero yo no soy como ellos. Yo necesito otra cosa, a mí no me hace feliz hacer derecho como tú y como ellos, no me gusta ese mundo, no me gusta estudiar una carrera. No sé lo que me gusta.

-Puedes casarte, tener hijos...

-¿Con quién? ¿Con Andrés?

-Por ejemplo. Pero hay muchos más...

-No pienso casarme por casarme. Tampoco es mi vocación.

-¿Entonces...?

-¡No lo sé papá, por eso necesito tu ayuda! Para poder encontrar lo que necesito. –Su padre suspiró profundamente. Llevaba toda la vida viendo las consecuencias de la gente amargada, de la gente dolida, de muchas cosas. No deseaba que su hija pequeña sufriera así.

-¿En qué trabajarías mientras te lo piensas?

-En donde me acepten.

-Veré qué puedo hacer con eso. Y también te ayudaré a encontrar algún lugar dónde vivir, pero si no consigues un trabajo medianamente decente no podrás vivir sola, tendrás que compartir un piso.

-Gracias por ayudarme papá. Debí decirte esto hace tiempo.

-¿Por qué ahora? ¿Por lo que te pasó?

-No. Me fui a ese monte porque me sentía muy mal desde hace tiempo. La presión de decidir qué carrera hacer, de Andrés que no me dejaba ni a sol ni a sombra, de todo. No pensé que podría hablar contigo así.

-Nunca hablo mucho con ninguno de vosotros.

-No dan clases para ser padre ¿verdad? –Se rieron.

-Mañana mismo comenzaremos a buscarte algo.

-Gracias papá.

-Y ahora vete a darle un abrazo a tu madre que anda como alma en pena. Explícale lo que me has dicho a mí. Seguro que también te entiende.

-De acuerdo.

Gerardo permaneció sentado en la butaca largo rato. Si se negaba a los deseos de su hija, la perdería para siempre y él nunca había perdido una batalla todavía.

Su hija estaba confusa, quizás tardara más o menos, pero lograría que rectificara, solo estaba asustada por la responsabilidad de empezar una carrera y comprometerse con un chico.

Era muy asustadiza su hija.

Se levantó decidido a buscarle un trabajo y un piso.

Violeta comenzó a recoger sus pertenencias, a apartar las que no pensaba llevarse y dejar el cuarto lo más libre posible de sus recuerdos de infancia.

El día anterior algo se había roto en ella. Toda una vida entre algodones se había borrado en unas pocas horas. La violencia se la había llevado por delante.

No quería sentirse una víctima cuando se había transformado en la agresora de dos hombres, dos hombres que la habían maltratado cada uno a su manera. Dos hombres a los que ella había maltratado también.

Y los odiaba a los dos.

A los dos.

Porque le habían hecho daño.

Y por mucho que intentara pensar y razonar lo raro de esos sentimientos, no podía dejar de sentirlos. ¡De sentirse herida! ¡De culparlos por sus heridas!

El terror que le hicieron sentir, la angustia, la impotencia. Su frialdad, su falta de humanidad.

Víctor. Así se llamaba el que la había despreciado como una mierda que se le había metido en la casa. Una rata sin importancia a la que sacar a escobazos sin ninguna consideración.

¡Y tendría que aceptar que era ella la que lo había dañado! Era cierto, había sido ella la que lo había atacado. Hubiera podido matarlo, herirlo. ¡Pero lo único que sentía era su desprecio!

Se sentó en la cama desconsolada. ¡Por Dios se estaba volviendo loca! ¿Cómo podía pensar así? ¿Sentirse así?

Ojalá pudiera olvidarlos.

-¿Vamos a bañarnos? –Víctor deslizó un dedo por el hombro de Verónica, ella sonrió y abrió los ojos. Llevaba dos semanas saliendo con esa chica y cada día se sorprendía de un nuevo gesto que le chiflaba en ella. ¡Y ni siquiera se la había tirado! Sus dieciséis años de virgen la tenían totalmente bloqueada para el sexo. ¿Y porqué perdía el tiempo con ella?

Desde luego no era por las pajas que tenía que hacerse todas las noches por la excitación de sus citas con ella.

En su ingenuidad era lo más sexy que había mamado en su vida. Por eso se aguantaba.

Convencerla le estaba llevando mucho tiempo, sobre todo porque él sí la había hecho correrse varias veces. Y aun así...se resistía a entrar de lleno en el mundo de los adultos.

Su cuerpo lo deseaba, pero su cabeza le enviaba fogonazos de miedo. Y por eso tenía un plan. Uno elaborado. Esa noche Verónica perdería su virginidad y él sabría si ella merecía sus esfuerzos.

-¿Vamos?

-Ahora no me apetece, todavía no estoy seca del anterior. –Claro que no estaba seca, la había masturbado concienzudamente y había estallado en sus manos dejándolo a él con un calentón de los cojones.

Menos mal que pronto la tendría donde quería.

-Pues yo necesito refrescarme un poco. –Sus risitas le advirtieron de que había comprendido la indirecta.

Se puso en pie y se fue al agua. No había mucha gente ese día de semana, corría algo de viento y el día anterior había llovido. Aunque el sol quemaba al tumbarse en la arena.

Al llegar al agua se fijó en dos buzos con sus boyas rojas indicando su presencia. Se lanzó al agua y buceó un poco antes de salir afuera. Tomó aire y escuchó una risa que provenía de uno de los buzos.

-¡Esas tenemos! –La voz de una mujer giró su cabeza para ver qué sucedía. La chica agarró la cabeza del otro buzo y la hundió escapando a toda velocidad. No debió de ser suficiente porque de pronto su cabeza desapareció. Víctor se sumergió y observó cómo luchaban el uno contra el otro. La chica pateaba con las aletas delante del pecho del tipo que le agarró uno de los pies y tiró de ella, el otro pie lo golpeó en el hombro y se lo agarró también. Así apresada no podía hacer nada más que dejarse llevar. El tío se metió entre sus piernas y la sujetó por el trasero. Ella volvió a patear y se salió del cerco subiendo a la superficie.

-¡Tregua que me ahogo con la risa!

Las risas de ambos fueron el remate de la historia. Nadaron hacia las rocas y se subieron a ellas. La chica se tumbó tratando de recuperar el aliento. Él se quitó el neopreno de la cabeza y ella lo imitó.

-Así no pillaré un pulpo en la vida. –Se quejó soltando el pelo del moño que lo sujetaba.

-Lo harás, aunque deberías ser menos escandalosa.

-¡Entonces no me hagas trastadas cuando estemos bajo el agua!

-Entonces no te me pongas por delante porque me despistas.

-Te despisto. Que huevos tienes. –Esa chica... ¡Violeta!

-Y ahora deja al experto. –Se colocó de nuevo el traje bien y se metió en el agua. Violeta ni lo miró, seguía tumbada respirando agitadamente.

La alegría de ella fue como un imán para Víctor que se acercó y subió a la roca. Había tratado de olvidarse de ella, y casi lo había logrado, pero encontrársela tan contenta, tan juguetona, lo desconcertó. Nunca la había imaginado así salvo por las fotos que le había visto en el insta y en esas no era juguetona, solo posaba.

Se sentó a su lado sin que se diera ni cuenta. En sus labios todavía se dibujaba una sonrisa y movía sus piernas como si estuviera escuchando una canción.

-Hola. –Abrió los ojos y su sonrisa se desvaneció.

-Hola. –La incomodidad apareció en sus ojos. ¿Porqué? Se sentó apartando la vista.

-¿De pesca? –¿Qué coño le pasaba?

-Más bien pescada. –Y por fin sacó una sonrisa a la que él correspondió.

-¿Cómo te va?

-Bien. La verdad es que todo lo que me pasó me hizo reaccionar. –Violeta se reprendió, no tenía porqué ser desagradable con él. Solo mantenerlo alejado de su vida.

-¿En qué sentido? –Suspiró dispuesta a contestarle lo mejor posible.

-En todos. Ya no vivo con mis padres, trabajo y estoy buscando lo que me gusta hacer.

-Eso está muy bien, ¿y bucear es una de las cosas que te gusta hacer?

-Bucear será un trabajo más. Necesito dinero.

-¿Pescas para vender?

-Aun estoy aprendiendo. Un día me vine a la playa y me encontré con Arturo buceando, me hice su amiga y aquí estoy, tratando de rentabilizar este traje. -Se tocó el vientre señalando el neopreno pegado a ella.

Los ojos de Víctor se detuvieron en su pecho unos segundos antes de bajar al vientre liso. Luego levantó la vista a sus labios, por un instante lo llamaron, hasta que ascendió a los ojos castaños que lo observaban serios y expectantes.

Violeta no podía apartar la vista de sus ojos grises, de recibir su hambre, de sentirse hambrienta también. Por unos instantes se olvidó de todo.

-Te lo compro. –Murmuró con voz ronca.

-Te lo vendo. –Respondió de la misma forma ella.

No dejaron de mirarse a los ojos durante el intercambio. Violeta no sabía qué estaba sucediendo, no podía salir del trance, ¿qué pasaba con ella, con él?

-Vienes mañana. –Víctor lo soltó más como una orden que como una pregunta. Y de pronto los ojos castaños se nublaron, fue como un disparo que se le clavó en el pecho. -¿Pasa algo?

-Te agradezco mucho lo que hiciste por mí, pero necesito decirte una cosa. –No podía callarse más, tenía que decírselo, sacarse eso del pecho. ¿Qué demonios le había sucedido?¿Cómo se pudo olvidar? Su tono dominante la despertó de lo que fuera que hubiera sido aquello.

-Dime.

-Me caes mal.

-¿Te caigo mal? ¡Cómo si me conocieras para decirme eso!

-Eres dominante, inflexible, bruto, frío, despiadado. Te conozco bastante. –Víctor sintió una furia como nunca había sentido. ¿De dónde había salido tanto desprecio?¿Como se atrevía a hablarle así!

-¡No me conoces de nada!

-¡Me tiraste al suelo, no tuviste ni un ápice de compasión por mí, hiciste lo que haría un cabalito, sin pararte a pensar en mis circunstancias ni un segundo! ¡No tienes ni una pizca de humanidad en las venas!¡Todavía siento las marcas de tus dedos en mi cuello! –Le gritó poniéndose en pie. Él la emuló rabioso.

-¡Me atacaste con una navaja de carnicero, casi me matas! Si fuera un cabalito te hubiera denunciado por agresión.

-Actué así por miedo. Tú lo hiciste todo fríamente.

-¡Estás loca! No necesito esto. –Se lanzó al agua y nadó a la orilla enfurecido.

Llegó hasta Verónica y le dijo que tenía que irse. La dejó así sin más. Dudaba de que la volviera a llamar. ¡Estaba hasta los cojones de las mujeres!

¡Puñetera niña de mierda!

No dejó de insultarla hasta que llegó a su piso y lanzó las llaves sobre la mesa y se tiró en el sofá. No supo porqué lo hacía, pero buscó el Instagram de la niña y ¡no lo encontró!

La muy cabrona lo había borrado. ¡Se había salido de Instagram!

Otra cosa que tomó como una afrenta personal.

La muy tarada.

¡Despiadado!

Esa no sabía lo que era ser despiadado.

Soñaba con ella, pensaba en ella y rabiaba por ella.

No comprendía cómo se había atrevido a decirle todo lo que le dijo. Como se había guardado eso para ella y luego se lo había escupido a la menor oportunidad.

A traición.

Como una puta falsa de mierda.

¡Es que tenía ganas de agarrarla del cuello y apretar!

Trabajaba hasta quedar desfallecido y no salía. No atendía al móvil ni a nada. Se sentía usado y tirado.

Pero no lo engañaba, lo había visto en sus ojos, durante unos instantes de locura, lo había visto.

Lo deseaba.

Y se iba a tragar sus palabras traidoras, una a una.

Y de igual modo que tanteaba las debilidades de las mujeres para atraerlas y trazaba planes para que cayeran en sus brazos, comenzó a diseñar la forma de darle una buena lección a esa tipa asquerosa.

Violeta mejoró mucho su técnica de buceo y ya había logrado hacerse con varios pulpos que Arturo le vendió a muy buen precio. Había pasado una semana desde el encontronazo con el tipo que la denunció y se sentía mejor que nunca. No lamentó decirle lo que sentía por él porque era la puta verdad, la había casi estrangulado, la había aplastado contra el suelo con el pie, la había metido en la ducha como si fuera una mierda, la había amenazado, la había obligado a contarle todo sin mostrar ningún sentimiento de compasión o empatía. Era un cabrón de cuidado.

Sí. Se había quedado muy bien después de soltarle todo aquello.

En la oficina trabajaba hasta las siete y luego marchaba a bucear con Arturo. Entre una cosa y otra se había hecho con dinero suficiente como para vivir en un piso sola, era pequeño, estaba por la zona de Balaidos y todavía no había logrado encontrar algo que la llamara de verdad. Mientras eso no surgía, seguiría con lo que hacía.

Arturo la había invitado a ir al Náutico ese sábado, ella no solía salir y mucho menos a hacer botellón, pero le dijo que sí porque deseaba conocer a gente que no fuera de su círculo anterior. Quería conocer a trabajadores como ella, a gente que no supiera tampoco lo qué quería hacer, gente a las que sus padres no les decían lo qué hacer.

No sabía cómo arreglarse por lo que optó por un top blanco y unos pantalones holgados negros y sus deportivas.

Arturo la presentó a un montón de gente. Él estudiaba ingeniería y además trabajaba en los astilleros reparando cascos de buques buceando.

Estaba bebiendo y riendo por algo que había dicho Mar cuando Arturo le golpeó el hombro.

-Quiero presentarte a un amigo reciente, un crac con el viento. –Violeta se volvió y tropezó con los ojos sonrientes de Víctor. Su vaso se escapó de la mano y fue a parar al suelo salpicándolos a los tres. –¡Que patosa!

-Se me resbaló. –Se defendió con voz ronca.

-Bueno Víctor esta es Viola de Violeta. Una compañera de buceo.

-Encantado. –Y le besa la mejilla. Violeta no pudo evitarlo y le devolvió la sonrisa.

-¡Espera majadero, eso no se hace así! Perdonad. –Y Arturo se fue a explicarles a sus amigos como mezclar bien una bebida.

-¿Puedo aprovechar y hablar contigo un minuto? –Los ojos de Víctor se lo rogaban. Ella quería negarse, pero se vio incapaz, se negó a huir. Víctor se alejó del grupo y fue a los escalones a sentarse, ella lo hizo a su lado.

-No creo que tengamos nada de lo que hablar.

-Necesito pedirte perdón por lo que te hice. –Violeta lo observó desconfiada. –Tenías razón. Tienes razón fui todo lo que me dijiste. Y si te molesta mi amistad con Arturo lo esquivaré desde este momento.

-¿Cómo lo conociste tú? –La rata todavía desconfiaba. Víctor compuso una cara de inocencia y respondió.

-Una casualidad, fui a una escuela de kite surf y me lo encontré allí, parece que es amigo de los dueños o algo así.

-Es verdad.

-Yo hago parapente, es lo que iba a hacer cuando nos conocimos y he decidido practicar también lo otro.

-De acuerdo. Te creo. Pero no quiero tenerte cerca, sigues sin gustarme.

-¿Ni siquiera me darás una oportunidad? Nunca quise hacerte daño.

-¿Qué te puede importar? Cuando saliste de la casa de mis padres lo hiciste para no volver a tener nada que ver conmigo.

-Cuando salí de la casa de tus padres no sabía lo que sentías por mí. Me quedé destrozado con tus palabras porque no sabía que podía ser así. Respeto a la gente que dice la verdad y lo que siente. – Algo que ella no había hecho desde el principio. Solo había gimoteado y pedido disculpas como una niña pequeña, tardó en mostrar su verdadera cara. La cara de una arpía.

-No puedo hacer nada para que seas diferente, y sigue sin gustarme lo que eres.

-Puedes si me corriges, como hiciste el otro día. Yo ni siquiera sabía que podía ser alguien tan odioso.

-No entiendo qué pretendes de mí.

-Ser tu amigo, nada más. No quiero que la experiencia que tuvimos una sola noche, defina lo que soy. Dame otra oportunidad para demostrarte que no soy así.

-No sé...-“Vas a caer cabrona. Eso lo sé yo.”

-De acuerdo, no insisto más, comprendo que no puedas ni mirarme a la cara. -Víctor se levantó y no dio ni un paso cuando ella habló.

-Está bien. -Él se giró, ella le señaló el asiento. -Podemos empezar de nuevo. -“No nena ahora es cuando vamos a zanjar nuestras cuentas de una puta vez”

-¿Estás segura?

-No. Pero por eso acepto. Serás mi reto. -Se rio y él la imitó. “Voy a ser algo más que un reto, ya lo verás rata”

-¿Tienes hambre?

-Te invito a un bocata.

-Acepto encantado. -“Y ya la tengo en el bote”

Se fueron a pillar unos bocadillos completos y se los tomaron sentados en unos bancos del puerto donde se cogen los barcos.

-¿En qué trabajas? -Violeta se lo preguntó tragando.

-En construcción, trabajos verticales.

-¿Eres de esos que se cuelgan de los tejados?

-De esos mismos.

-Te gusta el aire, parapente, trabajos colgado de cuerdas, kite surf...

-Sí.

-Es bonito saber lo que se quiere hacer.

-¿Tú aun no lo sabes?

-No.

-¿En qué pasas el tiempo libre?

-No paso de eso.

-Ahora lo estás haciendo.

-Bueno, he salido para conocer a gente distinta.

-La que conoces te aburre.

-No. Es que ya no soy como ellos. Ahora me gano la vida y vivo a mi bola. Ellos siguen siendo niños de papa. -“Vaya con la pедorra esta, que aires se da”

-Eso que dices es muy duro y no creo que sea cierto. Ellos estudian y tú trabajas porque no sabes lo que te gusta.

-Ellos tampoco hacen lo que les gusta.

-Pero lo hacen, siguen un camino y si luego deciden cambiarlo, pues lo pueden hacer. Así es la vida, ir caminando y tropezar hasta encontrar tu verdadero camino. El de la alfombra roja.

-Algunas personas nunca encontramos ese camino.

-No te incluyas, seguro que algo podrás hacer. -Víctor terminó el bocadillo y se limpió con la servilleta.

-¿Quieres terminar el mío? -“¿Y chupar tus putas babas? Ni loco”

-Estoy lleno.

-Entonces lo guardo. Ahora no tiro nada. -Sonríe divertida. Víctor la secunda y se levantan.

-Me tengo que marchar que mañana madrugo. Te llevo junto a Arturo.

-No. Estoy cansada, prefiero marcharme.

-Okey, ¿te acerco a tu casa?

-Vale.

Violeta le fue dando las indicaciones y llegaron en diez minutos.

-Yo vivo en Castrelos, cerca del pabellón. –Le comenta Víctor antes de que ella se quite el cinturón.

-Entonces ya nos veremos.

-¿Me pasas tu móvil?

-Vale. –Se los dieron y ella se despidió. Víctor respiró hondo y bajó las ventanillas para que el aroma que expelía Violeta se esfumara de su coche. A duras penas la soportaba, pero iba a hacer de tripas corazón. Y en una semana se la cepillaría, luego haría con ella lo que quisiera y lo único que quería era provocarle la misma rabia que ella le había provocado a él.

Violeta se había acostado cuando la llamaron.

-¿A lo mejor te gusta aprender kite surf? –La voz de Víctor la sorprendió.

-¿Qué? –Estaba espesa porque había empezado a dormirse.

-Kite surf, a lo mejor eso es lo que te gusta.

-Me temo que mis brazos no tienen tanta fuerza. –“La tienen para clavarle a alguien una navaja en el estómago”

-Puedes intentarlo. Si estás buscando cosas que te gusten, tendrás que probar muchas que no te gustarán. Esto va así.

-Víctor estaba ya en el quinto sueño, no puedo pensar bien...

-No pienses, y mejor te enseñe primero a hacer parapente, nos tiramos juntos, te llevo yo y luego te tiras sola.

-Vas muy deprisa.

-Será muy fácil. Mañana es domingo, te recojo a las siete y media.

-¡Las siete y media! Mañana es el único día en el que puedo quedarme en cama.

-No seas perezosa. Además, si buscas algo no lo encontrarás en tu cama, hay que salir a por ello.

-De acuerdo.

-Pon el despertador.

-Oki pesado.

Víctor le cortó y tiró el móvil sobre la mesilla de noche. Apagó la luz y sonrió. La cosa iba a todo tren.

Bien.

-Me has cazado. –La afirmación tajante de Violeta lo dejó k.o unos segundos. –Estaba dormida cuando acepté. Y no tengo ninguna intención de tirarme en parapente, te veo a ti y ya está.

-Nunca pensé que fueras tan cobarde.

-Se llama precavida.

-No. Ya he hecho esto muchas veces y puedo decirte que es de lo más seguro si sigues mis instrucciones, solo te lo pasarás genial, si te niegas es que eres cobarde, es como si no quisieras aprender a conducir.

-Sé conducir, pero no tengo dinero para un coche.

-Y desde hoy sabrás volar y no tendrás dinero para un parapente.

-Que insistente eres.

-Pero esa no es una mala cualidad ¿verdad?

-No.

-Menos mal.

-Vale. Confiaré en ti.

-Eso está bien. Yo nunca me haría daño, yo también confiaré en ti.

-Eso me alivia, de veras.

-Ya. –“Si nos matamos que sea a dúo” “¡Bruja!”

-Tendremos que caminar un buen trecho. –Explicó cuando salió del coche con los bártulos. Caminaron unos veinte minutos hasta llegar a un lugar dónde ya había más personas tirándose. Violeta se volvió y sujetó la zamarra de Víctor.

-¡No puedo! –Se lo dijo pegada a su pecho. Él la sujetó por la cintura y la abrazó hablándole al oído.

-Sí puedes, solo tienes que sujetar las cintas del parapente tan fuerte como me estás sujetando la ropa a mí.

-¿No me soltarás?

-Estarás sujeta a mí.

-¿Y si se rompe?

-Tenemos un paracaídas cuadrado, de lo mejorcito que hay.

-¡Estás en todo!

-Y por eso me vas a soltar y vamos a prepararnos para tirarnos que ya casi no queda nadie arriba. Antes de que suban más. ¡Venga!

-Vale. –Lo soltó a regañadientes.

Víctor preparó todo y después de ponerle el casco, le colocó los arneses y las conexiones al parapente, revisó todo.

-Ahora, cuando te lo diga, corre, corre como si no hubiera mañana, no te fijas en los tirones que vas a sentir, solo corre. Y coloca las manos en las cintas de tus hombreras, no las muevas de ahí hasta que yo te lo diga.

-¿No puedo ir a tu espalda?

-No. Yo soy quien dirige.

-¡Joder!

-Empieza la fiesta. –Víctor se movió un poco y gritó. -¡Corre!

Violeta no se hizo de rogar, lo daba todo por perdido, solo confiaba en no morir estrellada contra las rocas de abajo del precipicio de Oía. Por Dios. Sintió un tirón hacia arriba.

-¡Corre! –No se detuvo hasta que sus piernas perdieron el suelo. –Sujétate a las cintas del parapente. -Ella lo obedeció y sonrió. ¡Ya estaba! ¡Estaba volando!

-¡Es divino!

-Te lo dije. Disfruta. –Víctor le dedicó un vuelo cómodo, se metió en algunas nubes, Violeta gritaba de felicidad. Nunca se había sentido así. Como si nada importara, como si sus temores fueran diminutos como lo eran esas casitas y esos coches enanos de allí abajo.

A la media hora Víctor decidió bajar antes de que la novata se mareada con los movimientos del aire.

Descendieron donde siempre lo hacía y con las indicaciones que le dio, Violeta se sintió exultante al aterrizar de pie sin caerse ni hacer nada mal.

Víctor la felicitó y ella se abrazó a él entusiasmada.

-¡Ha sido genial! Gracias. –“Hasta la próxima mierda que quieras soltarme. No me fío de tus gracias cabrona”

-Ha sido un placer. –La apartó de sí. -Pero ahora tenemos que subir hasta el coche.

-Me tiemblan las piernas.

-Ya se repondrán. Vamos.

-Vale. ¿Víctor? –La miró un momento. –No me gusta cuando te pones en plan mandón. –“¡Ya estaba otra vez con lo de dominante!”

-A veces es bueno imprimir un poco de disciplina, de otro modo te volverías una blanda y si estás sola no me lo ibas a agradecer.

-¿Lo haces por eso? ¿Para que no me ponga a lloriquear?

-Pues sí. Yo no puedo llevarte en colo, si te tiemblan las piernas, es mejor que no lo pienses demasiado, simplemente camina. Nadie puede hacer eso por ti. Si te caes, tendrás que levantarte.

-¿Sabes qué? Tienes razón. No lo había pensado. –Esa afirmación lo sorprendió. También se sorprendió a sí mismo de su explicación de porqué actuaba de ese modo a veces.

No le debía ninguna explicación a esa idiota.

Caminaron en silencio, Violeta, recordando la inolvidable experiencia, sintió ganas de cantar, pero no había ninguna canción que le pareciera digna de lo que había experimentado. Comenzó a pensar en frases que pudieran servir.

Le surgieron con una melodía de la nada.

Entonces la cantó poniendo la grabadora del móvil porque no quería olvidar lo que le hacía sentir esa experiencia increíble.

Víctor caminaba varios metros más adelantado que Violeta cuando escuchó su voz.

Murmuraba una canción. Se detuvo observándola. Ella no se había dado cuenta de que se había parado y pronto tropezó con él y se calló.

-¿Qué haces?

-Canto. Me he inventado una canción para recordar este día.

-¡Vaya, te gusta cantar y te gusta volar! Ves. Ya empiezas a encontrar cosas que te gustan.

-Es verdad. Siempre me gustó cantar. Aunque nunca inventé nada, es que esto ha sido tan maravilloso. Tú eres un pesado maravilloso. –“Okey bruja bájate de la moto”

-A ver si lo recuerdas para la próxima que se me ocurra.

-Bueno, tampoco nos flipemos.

-¿Kite surf?

-¿El mes que viene? –“Si rata, que te voy a aguantar un mes” “Tú sí que lo flipas”

-Ya veremos. Venga que queda un trecho y me muero de hambre.

-Jolín son las dos. Yo también tengo hambre.

-Llegaremos a Vigo a las tres con suerte.

-Vale. –Violeta no se dio cuenta de que él no le había propuesto comer juntos y lo agradeció porque no soportaba su presencia ni un minuto más del necesario.

La dejó en la puerta de su edificio y se fue a su piso. Devoró todo lo que encontró en la nevera y se tumbó a descansar.

Violeta puso la grabación y escuchó embelesada la canción. Cogió su guitarra y comenzó a tocar y a cantar mientras se grababa.

Era una canción preciosa que le hizo llorar. En ella resumía a la perfección lo que sintió volando como un pájaro.

La libertad y la felicidad.

Hacía mucho tiempo que no era tan feliz y se lo debía a Víctor.

Quizás lo había juzgado mal.

Antes de que se diera cuenta había compuesto tres canciones más sobre el aire, el mar y la felicidad.

Sentía que una puerta se había abierto en su corazón y sabía que se lo debía a Víctor.

Se durmió con la guitarra entre los brazos. Había sido un regalo de su hermana mayor cuando había cumplido los doce años, desde entonces tocaba las canciones típicas. Nunca se le ocurrió inventar ninguna.

Y le encantaba inventar letras y ritmos.

Al día siguiente se fue al trabajo sin dejar de pensar en las letras de sus canciones. Entonces se le ocurrió compartirlas, y la mejor manera era internet. Se había sacado de su Instagram porque no pensaba dejar huellas de lo que estaba haciendo, pero ahora ya tenía algo que le gustaba hacer. Subiría sus canciones a plataformas como spotify y Band Camp y las que se le ocurrieran, quién sabía, a lo mejor gustaban.

Esa tarde se metió en casa y eran las once cuando la llamaron por teléfono.

-¿No vienes a pescar?

-Hoy no puedo Arturo. Pero mañana iré ¿okis?

-Mañana quedé con el pibón de Víctor para lo del Kite surf.

-¿Pibón?

-Ojazos grises metálicos que te taladran, cuerpazo plagado de músculos, pelo negro y unos rasgos perfectos. ¿No piensas que es un pibón?

-Lo que no sabía es que te gustaran los pibones. ¿Y él sabe de tu interés?

-Ya sé que es hetero, pero me da igual, me encanta mirarlo.

-Vale. Estás chiflado ¿lo sabías?

-Chiflada estás tú si no te gusta ese.

-Me empieza a gustar, porque te diré que a mí el físico me es igual si detrás no hay más que mierda.

-Víctor es un encanto de tío. Lo tiene todo.

-Ya. Bueno tengo que seguir con lo mío.

-Vale. Nos vemos.

Violeta colgó sorprendida por el descubrimiento y reconociendo todas las palabras de Arturo, Víctor estaba muy bueno, era cierto. Pero había en él algo raro. No podía olvidar lo que había vivido con él. Aunque el domingo...caramba. Ese día lo había visto de forma diferente. Y, al fin y al cabo, nunca le había hecho nada. Solo la había ayudado. Tal vez se había pasado con él.

Recogió las cosas y se metió en la cama.

Soñó con que volaba y que Víctor cortaba con un cuchillo las cintas de su parapente, despertó sobresaltada cuando sentía que caía y se descalabraba.